

Persona: ética y estética

Por Juan L. Martínez Montalvo

La moral es uno de los elementos de la convivencia humana que resulta más difícil de definir. No obstante, si nos esforzamos podemos decir que es el conjunto de normas, reglas, convenciones y prohibiciones que procuran un curso feliz, o al menos beneficioso, de las relaciones humanas. Se ha manifestado mucho, sobre todo por el marxismo, que la moral depende de las diferentes formaciones económico sociales y de las culturas.



La Ópera de Sydney, una obra de alto valor estético, concebida desde una aguda perspectiva ética

Parcialmente ello es cierto, pero, con todo eso, puede apreciarse que, a partir de cierto nivel de desarrollo social, aparecen de manera pocas veces interrumpidas, valores artísticos como armonía, simetría, ritmo, mimesis, expresión, catarsis y la comprensión del arte como juego. Ello ocurre en todas las culturas. Ahora bien, esto sucede igualmente con los valores morales. Así, por ejemplo, el respeto mayor de los hijos a los padres, que a la inversa, otro tanto en relación con el respeto de los discípulos al maestro; y, en general, de los menores a los mayores; la tendencia del varón a proteger a las mujeres, a los niños y a todos los físicamente débiles; la inclinación de los padres, y más aún, de las madres, a sacrificarse por sus hijos...

Nos hallamos ahora en mejores condiciones para comprender la existencia de valores éticos; sobre todo si no olvidamos que la Ética es la filosofía de la moral y, por consiguiente, la esencia misma de aquella; lo que permite tener una visión totalizadora y unitaria de la moral en última instancia.

Diferenciar estos valores morales y éticos no es realmente fácil, pero podemos intentarlo. Verbigracia, el surgimiento de la cortesía específica del varón para la mujer en el siglo XII en Italia, primero, y luego, en toda la cultura occidental, es un valor moral de esta y no un valor ético, pues no ha sido aceptada por las otras culturas y, por tanto, carece de la universalidad y del carácter esencial que debe poseer un valor ético. En cambio, la iniciativa –en el varón sobre todo, aunque progresivamente tiende a generalizarse– y la laboriosidad son peculiaridades del carácter humano que son profundamente estimadas en todas las culturas, debido a que sus manifestaciones inciden positivamente en la sociedad. La prueba de esto último podemos apreciarla en lo que sigue: cuando faltan en la mayoría de los miembros de una comunidad, debido fundamentalmente al desaliento social –este lo generan las formas sociales de opresión más diversas: colonialismo, tiranía...–, y en su lugar aparecen la pasividad y la pereza, aquella no solo no puede progresar, sino que también decae.

Por lo sobredicho, podemos afirmar que la iniciativa y la laboriosidad son valores éticos.

Es posible que alguien decida preguntarse qué es el valor. En ese caso cabe responder de diversas maneras. En cualquier modo, es necesario aprehender que el valor es el resultado de la experiencia beneficiosa que una colectividad ha tenido durante un tiempo predeterminado, que el valor es una calificación. Y si puede mantenerse durante una época más o menos larga, es debido a que los usos, las costumbres, las tradiciones e instituciones de la mencionada colectividad lo sustentan. Por cierto, entre las respuestas que se pueden ofrecer está que el valor es la significación positiva que una cosa o fenómeno tiene para nosotros.

Por otra parte, y enfocando ahora lo ético desde una perspectiva distinta, podemos verlo como una categoría filosófica, ya que la Ética es una ciencia de este carácter. En ese caso, tendríamos que decir que como las normas de conducta son lo esencial de la moral y la esencia de la moral es lo ético, su contenido es, precisamente, el conjunto de las citadas normas.

Pasemos ahora a tratar lo relativo a lo estético. Para hacer lo antes dicho, vamos, ante todo, a definir a la ciencia o disciplina –puede ser como la ética, considerada de las dos maneras-, que tan solo se ocupa de lo estético. Por cierto, son muchas las definiciones que se pueden brindar sobre ella. Presentaré solo dos: la de Mosej Kagan (1920) y la de Jorge Ruiz de Santayana (1863-1952). Este último dice: “El término estética es una palabra débil que se aplica recientemente en los ambientes universitarios a todo aquello que trata de las obras de arte o del sentimiento de lo bello”. Kagan, por su parte, ofrece un criterio con el cual nos resulta más fácil convenir: “La Estética es la ciencia de la apropiación estética de la realidad por el ser humano”. Está claro que aquí apropiación significa apropiación sensible; de lo contrario, lo definido estaría dentro de la definición. Además, lo que Kagan nos brinda como su definición trasluce la naturaleza emocional de la percepción estética. Asimismo, *aisthesis* es una palabra griega que significa “sensación, percepción sensible”.



... la delicadeza moral es un elemento básico de la “belleza de la conducta” y esta es una totalidad de lo ético y lo bello; es decir, el resultado de la fusión de esos valores.

Pero, ¿qué es lo estético? Esta categoría, la más general de la ciencia estética, es lo más difícil de definir dentro de la misma. Tras muchas reflexiones al respecto, y tomando siempre distancia de establecer una ecuación entre “lo estético” y “lo bello”, llegamos a la conclusión siguiente: “lo estético” es lo que impresiona nuestra sensibilidad, nuestra esfera emocional.

Para ser consecuente con lo sobredicho, debemos dejar bien sentado que no es posible aceptar el verbo “estetizar” como equivalente de embellecer, a pesar de lo generalizado que ello está en la propia teoría estética. No hay siquiera que acudir a las múltiples categorías estéticas que hoy se reconocen; basta con recordar el propio grupo de las categorías estéticas clásicas. Aparte de lo bello, pertenecen a esta: lo feo, así como lo sublime o elevado, lo bajo o vil, lo trágico y lo cómico; categorías distintas a la de lo bello.

Al igual que sucede con lo ético, lo estético no es solo una categoría de una ciencia filosófica; lo estético es igualmente un valor. Y del contenido de este valor, podemos predicar que este es la quintaesencia del resultado de las relaciones entre el sujeto humano y los fenómenos y objetos del mundo real, y de la realidad en su conjunto, así como de las obras de arte.

El hecho de que estetizar no es lo mismo que embellecer, debido a que lo estético y lo bello no constituyen lo mismo, no nos debe hacer olvidar que lo bello es una categoría estética; más aún, es, después de lo estético, la más importante categoría de la Estética. Recordemos que hasta el siglo XVIII, la Estética era considerada la ciencia de lo bello. Ello no era casual. La presencia de fealdades –y hasta bajezas- morales y materiales inevitables en la existencia, trataban de ser compensadas con un culto a la belleza (física sobre todo) en la medida posible. Se le buscaba casi insaciablemente, pero ante todo se le creaba. El arte, que era entonces solo expresión de lo bello, constituía el camino esencial para esto.

Pronto se advirtió que el refinamiento en las maneras, vestuarios, usos y costumbres, hacía la vida más grata y hasta encantadora. Entonces se le cultivó.

Ahora bien, se acabó por comprender que solamente la delicadeza moral genera un ambiente amable y digno, y esta es la condición sine qua non de la felicidad. Se habla mucho del amor para el logro de esta última. Ello es válido, pero sin respeto el amor, en sentido estricto, no existe.

Así pues, la delicadeza moral es un elemento básico de la “belleza de la conducta” y esta es una totalidad de lo ético y lo bello; es decir, el resultado de la fusión de esos valores. Y como lo bello no es sino una manifestación de lo estético, “la belleza de la conducta” es, después de “la actitud sublime”, la expresión más alta de las relaciones entre lo ético y lo estético.